

Ac. Esp. II-203

Dup.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

**NUEVO ELOGIO
DE LA
LENGUA ESPAÑOLA**

DISCURSO DE RECEPCION DEL

EXCMO. SR. D. JOSE GARCIA NIETO

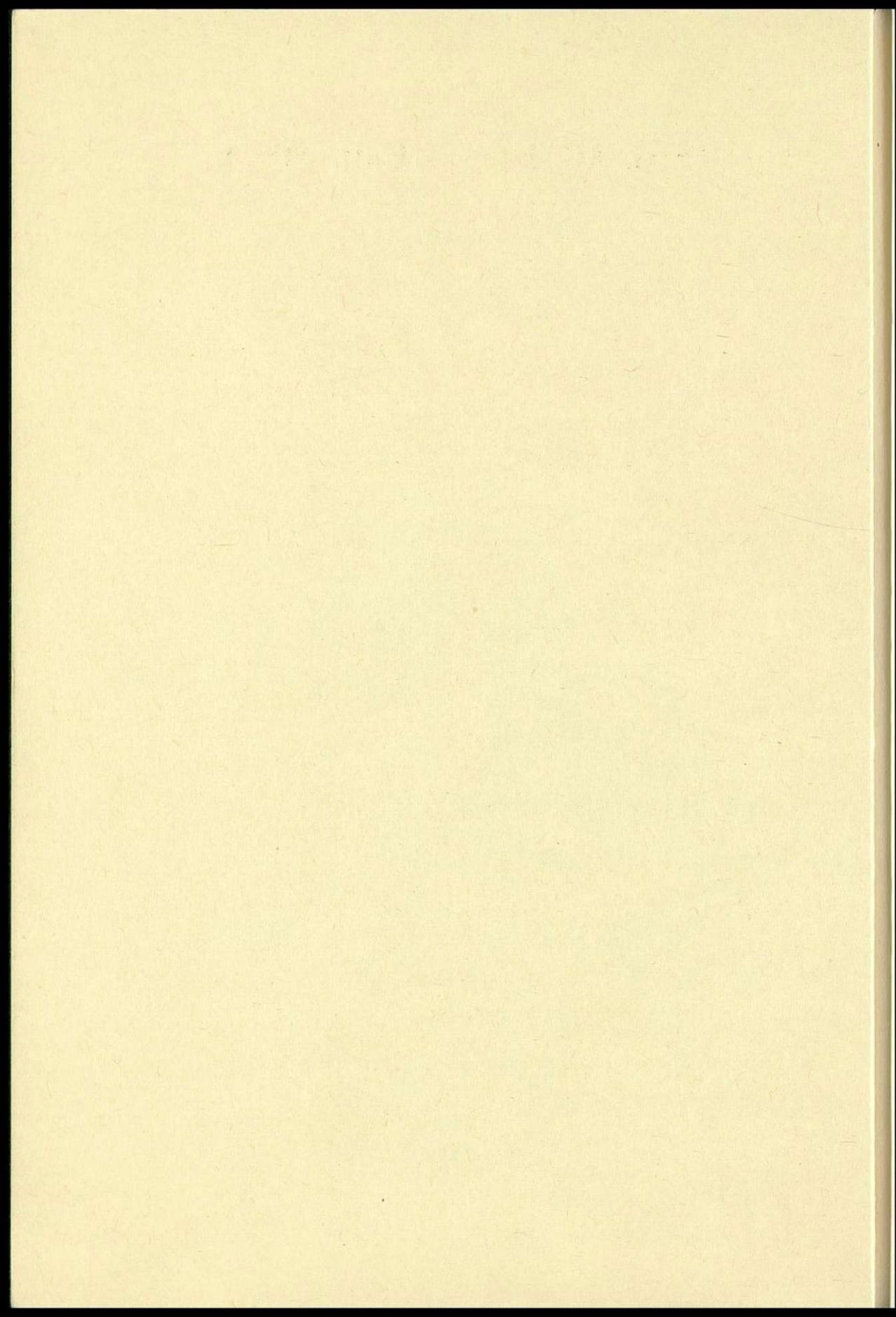
Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. CAMILO JOSE CELA

EL DIA 13 DE MARZO DE 1983



MADRID



2. 60513

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NUEVO ELOGIO
DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

NUEVO ELOGIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

DISCURSO DEL SEÑOR DON

EXCMO. SR. D. JOSE GARCIA NIETO

A DON

EXCMO. SR. D. CARLO JOSE UFLA

EL DÍA 13 DE MARZO DE 1907



MADRID

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

INSTITUTO LINGÜÍSTICO Y LINGÜÍSTICO

DE LA LENGUA ESPAÑOLA

INSTITUTO LINGÜÍSTICO Y LINGÜÍSTICO

NUEVO EBOCIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

INSTITUTO LINGÜÍSTICO Y LINGÜÍSTICO

EXCMO. SE. D. DON CARLOS III

REY DE ESPAÑA

EXCMO. SE. D. DON JOSE CIBOLA

REY DE ESPAÑA

R. 60513

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

**NUEVO ELOGIO
DE LA
LENGUA ESPAÑOLA**

DISCURSO DE RECEPCION DEL

EXCMO. SR. D. JOSE GARCIA NIETO

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. CAMILO JOSE CELA

EL DIA 13 DE MARZO DE 1983



M A D R I D

R. 60213

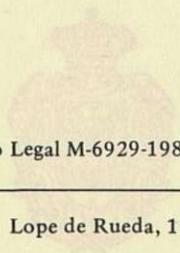
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NUEVO ELOGIO
DE LA
LENICIA ESPAÑOLA

EXCMO. SR. D. JOSE GARCIA NIETO

EXCMO. SR. D. CAMILO JOSE CELA

EL DÍA 10 DE MARZO DE 1983



Depósito Legal M-6929-1983

IBERGRAFICAS, S. A. - Lope de Rueda, 11-13 - MADRID-9

MADRID

Señales luminosas

Gratitud, satisfacción, orgullo, responsabilidad, comprometido
sentimiento de profunda interioridad, se revelan en este
momento en un juego de contrarios: entre lo que me ha a ser muy
difícil encontrar de palabras satisfactorias, expresi-
vas y gustadas para corresponder a honras que me hacen el
hacerme digno para compartir "nuestras cosas". Pero también
por una forma de distinción.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSE GARCIA NIETO

... que me ha a ser muy
difícil encontrar de palabras satisfactorias, expresi-
vas y gustadas para corresponder a honras que me hacen el
hacerme digno para compartir "nuestras cosas". Pero también
por una forma de distinción.

Entre mis libros más preciados he podido encontrar con confi-
dencia los discursos de ingreso de mis maestros queridos, Dámaso
Alonso y Gerardo Diego. Tuvo que recomprarlos al invierno de
1941. El 25 de enero leí Dámaso Alonso, y el 15 de febrero de
leí Gerardo Diego. En cada uno de los ejemplares de los libros
publicados guardo "corte perfecto", quiero decir como más de
ardiente, mal hecho, pero ferviente, de un joven poeta, entre
aquellas páginas perforadas y excisas, copia de sendos artículos
que publiqué con motivo de las fiestas alencanas. Tanto
Dámaso Alonso como Gerardo Diego me habían ya favorecido
con lo que iba a ser en el tiempo "discursos" de ingreso a la
Academia de las Letras.

DISCUSSION

References

SEÑORES ACADEMICOS:

Gratitud, satisfacción, orgullo, responsabilidad, emocionado sentimiento de purísima inferioridad, me invaden en este momento en un juego de contrarios entre los que me va a ser muy difícil encontrar un puñado de palabras suficientemente expresivas y ajustadas para corresponder al honor que me hacéis al haberme elegido para compartir vuestras tareas. Y paso también por una forma de alteración muy singular que me gustaría comunicaros al dar las gracias desde un lugar que tiene que producirme inquietud y vértigo. Porque apenas acierto a sentir como salvada esa enorme distancia para mí, que no creí posible acortar nunca, y que va desde un sillón de este estrado hasta otro cualquiera de los de la sala, que he ocupado durante muchas veladas similares a ésta para escuchar los discursos de ingreso de los que desde hoy, por tan grata benevolencia, vais a ser mis compañeros. Creo que a lo largo de los años he estado presente en todas las ocasiones de recepción de los señores académicos que hoy forman la nómina viva de esta docta casa.

Entre mis libros más preciados he podido encontrar con facilidad los discursos de ingreso de mis maestros queridos, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Tengo que remontarme al invierno de 1948. El 25 de enero leía Dámaso Alonso, y el 15 de febrero lo haría Gerardo Diego. En cada uno de los ejemplares de los textos publicados guardo "como paño en oro", quiero decir como tela de urdimbre, mal tejida, pero ferviente, de mi prosa moza, entre aquellas páginas perdurables y excelsas, copia de sendos artículos que publiqué con motivo de tan faustas efemérides. Tanto Dámaso Alonso como Gerardo Diego me habían ya favorecido con lo que iba a ser en el tiempo fidelísima e invariable amistad.

Yo en aquellos textos daría nota urgente y resumida de los actos en que fueron protagonistas mis dos amigos y maestros. El discurso de Dámaso Alonso versaría sobre Francisco de Medrano; el de Gerardo Diego, sobre una estrofa de Lope. Arranco de mis líneas periodísticas dos trozos que me suenan muy íntimamente, que reviven en mí como si hubieran sido escritas ayer mismo. "Dámaso Alonso, serio, no sé si emocionado, salva cualquier excesivo rigor erudito con un ademán de contagiosa simpatía. Parece que se le ha revelado la cátedra. Y, como entre sus alumnos, empieza la lección. Al oírse su propia voz, metalizada por el micrófono, lo rechaza; gesto que se justifica por su irreprochable decisión, por la fe que tiene, que tenemos, en sus facultades. Su voz es clara y limpia, flexible y sonora, de rara y unánime altura. De cuando en cuando, sus ojos se van al cielo, al techo, como comprobando el último, lejanísimo ámbito donde puede llegar a alojarse..." En mi otro artículo puede leerse: "Gerardo Diego ha aparecido ante el público firme y seguro como nunca. Ha saludado honda, largamente, inclinando bien el cuerpo. Con esta estrofa de Lope de Vega ha jugado como ha querido, como otras veces, con nosotros. No se puede sacar más de tan poco, considerado materialmente. No se puede ser tan *parcial* y tan completo, tan riguroso y tan fragante, tan certero y tan temerario. Ha sabido llevarnos desde la sonrisa al aplauso con esa habilidad tan suya, con esa estudiada ligereza, con ese "liso resbalar de un vuelo a vela".

Permitidme que acerque a mis sentimientos de hoy estos recuerdos y estas admiraciones. Desde entonces, a lo largo de treinta y cinco años, os aseguro que este escolarillo que hoy se atreve a sentarse entre vosotros no tiene en su haber más que una discreta nota de asistencia. En esta nueva estadía para la que me llamáis voy a necesitar mucho de vuestra ayuda y no sé qué beneficio podréis encontrar en la mía.

Vengo a ocupar el sillón de José María Pemán, y el solo hecho de escribir su nombre detiene mi pluma y llena de incertidumbre el umbral de estas cuartillas. El ha significado mucho en la vida contemporánea de España y de lo español, y lo ha sido todo también en el seno de esta casa. Sería impertinente que tratara yo

ahora, por más que lo hiciese de manera muy breve, de lo que han sido la vida y la obra de mi ilustre antecesor. También he gozado de su magisterio y de su amistad durante muchos años, y múltiples veces me han servido de sensible acicate su fe en la literatura, su amor a la poesía, su fidelidad a la vida. En una magistral semblanza, ha escrito Emilio García Gómez sobre "el árbol Pemán", sobre la lealtad, la caballerosidad y la grandeza de alma de José María Pemán. Y a ese hombre, total y fundamentalmente bueno, ha acompañado una obra cuyos límites de señalización se hacen poco menos que imposibles. No sé si habrá un escritor que como él haya logrado tanta popularidad en los países de lengua castellana. Desde muy joven cultivó el arte de la oratoria, y, de la conferencia al artículo, de la poesía al teatro, de la narración al ensayo, desde las adaptaciones dramáticas de autores clásicos hasta su actividad didáctica en cursos para extranjeros, José María Pemán ha sido considerado como el escritor más prolífico y conocido en lo que va de siglo. En 1936 fue elegido miembro de número de esta Real Academia, y el 20 de diciembre de 1939 tomó posesión de su sillón académico. Poco después fue nombrado director, y volvió a serlo desde 1944 hasta 1947, fecha en la que renunció voluntariamente al cargo para cederlo a don Ramón Menéndez Pidal, regresado a España.

José María Pemán ha sido, terminantemente, un *hombre de letras*, en todos los matices que esta expresión comprende. En carta dirigida a Adriano del Valle, que luego serviría de prólogo para uno de sus libros de versos, decía: "Antes había hombres de letras con una honrada y buena base artesana para todos los géneros, con una fundamental solidaridad y trabazón, en su propia humanidad fuerte, para todas las creaciones. Tenían aquellos hombres básicamente la gloriosa y fecunda impureza de la tierra negra, rica en sustancias orgánicas, y por ello propicia para todo: para el jardín o para la mies, para la flor o para el pan..." El también se sabía hecho de tierra nutricia y fecunda, pero habría que añadir que esa tierra era precisamente andaluza, y que muchos de los dones que el escritor poseía se sustentaban en esas raíces de lo andaluz que explican en gran parte la peculiaridad de su obra. Pero entre la prodigalidad de todos sus escritos, sabemos que él tenía como credo y galardón su cualidad de poeta. Hace poco más de un año, en la semana de su muerte, yo escribía: "Es

peligroso precipitarse a hablar de José María Pemán como poeta, y, sobre todo, entrar de una manera superficial y provisional en la tarea de un hombre que tanto y tan encarnizadamente hizo por entregarse a los demás. Hay que leer ahora muy despacio y medítadamente sus poemas. Hay que ir un poco más allá de lo que él mismo se propuso al ofrecernos su mensaje lírico. José María Pemán sabía bien la diferencia que existe entre una minoría cercana, y a veces manejable, y una mayoría desconocida e indiscriminada. Sabía, por otra parte, lo que eran esas poesías destinadas a la recitación, y lo que eran esos otros poemas que van desde la soledad del creador a la soledad de un receptor acaso único y, posiblemente, nunca indentificado. Es muy importante su calidad de *arraigado*, como es muy interesante y profunda su poesía religiosa, como lo es aquella que podríamos llamar su poesía moral. Camilo José Cela y yo escribimos sobre sus versos cuando el autor de *Señorita del mar* publicó *Las flores del bien*. Hay que remitir a aquel libro a cualquier lector exigente. O invitarle a que lea de nuevo, si antes ya lo ha hecho, alguna de sus canciones o esa colección de sonetos recogidos en su *Poesía Humana*. "Tengo miedo de haberme dado tanto / en mi verso a los otros que mi vida / seca su fuente y de su sed bebida / ya no es sino un pretexto para el canto". Esa claridad de conducta que le obligaba a *darse* en todo ha sido norma para su vida y para su obra. No quiso nunca rechazar la facilidad de la que había sido dotado, ni detenerse a enrarecer lo que tan sencillamente salía de sus manos. Oficio de vivir, oficio de escribir, se diría que fueron para él tareas gozosamente aceptadas. "Supo aceptar la flecha que le asignó Cupido", como dijo Antonio Machado, porque también las flechas creadoras arrancan de un juego de amor. Tuvo caridad y entendimiento entre los hombres, y en su manera de hacer nunca olvidó las vecindades de los otros.

Vivimos unos tiempos en los que parece que es muy buena nuestra poesía. No creo que ocurra lo mismo con nuestra crítica. Cuando pasen algunos años y se haga un poco más de luz sobre el *oro* de este siglo, quizás se pierdan algunas modas estrechas y otras exclusividades empequeñecedoras. No se pueden borrar con un trazo de aguerrido antólogo, muchas veces improvisado, esas mil páginas largas de versos que ha escrito José María Pemán. Un solo verso, también ininterrumpido, ha sido su tra-

yectoria de hombre de letras, de hombre de bien, de abanderado fiel en unos principios de los que no ha renegado nunca, asentados en un espíritu generoso y liberal de difícil parangón. Que su memoria, tan reciente, nos sirva hoy de presencia estimulante, y a mí me valga de norte, ciertamente inalcanzable, para que mis pasos en esta casa se afirmen con su ejemplo enaltecedor.

Nuevo elogio de la Lengua Española

I

Hoy he puesto mi mano, como otros días,
como otras noches, como otras madrugadas,
en el papel,
y mi mano temblaba.
De pronto me he dado cuenta del tesoro,
de la herencia y de la leyenda dorada.
Era dueño en un solo minuto del tiempo
del poder y de la gracia,
y de la fuente secreta
y del bautizo de la esperanza.
Me he encontrado entre los dedos
no sé si un juguete o una materia sagrada,
un rostro invadido por la alegría
o una frente súbitamente extática.
Hoy he visto que por mí vivía
el supremo don de la palabra.
Moneda inmerecida y refulgente,
alucinante rayo, centella arrebatada,
surco de una cosecha milagrosa,
campo con una mies inesperada,
abeja de un panal innumerable,
torre de luz, almena abanderada.
Me ha estremecido ver bajo mis ojos
la posesión y la fragancia
de lo poseído. Todo era como una fiesta
en la gran plaza,
donde los labios y el pensamiento
se juntaban
y salían a correr parejas

en la arena, en la sangre del alma.
Con el fulgor de cada letra, con el sonido
de cada cuenta desgranada,
he escrito *Dios* y ha aparecido un fuego
en el tejado de mi casa;
he escrito *Amor* y se ha llenado todo
de hondísima templanza,
de trigo recientemente cernido
y de nieve sobresaltada.
He escrito *Madre* y me ha crecido una hoja
en la piel y se ha poblado un bosque en la montaña...
¿Cómo empezar?, ¿cómo seguir?, ¿qué pétalos
escoger o qué armas...?
Hay un ilimitado paraíso
en el cuadro de mi ventana.
Puedo decir qué cosa son las cosas
que amo y que me aman;
las que aprieto como tremantes cinturas
y las que me rodean como reverentes guirnaldas.
Puedo elegir en el gran cofre abierto
la gema deseada.
Un río hay ante mí que nunca cesa,
una pirámide levantada,
un cielo que se estrella con la noche,
un velo azul que se abre en la mañana...
¿De dónde vienes, cuerda que ahora pulso?,
¿de dónde, forma de la idea, rama
de un árbol hospedado de pájaros,
concha de las más insospechadas aguas?
Dicen que un día, al lado de unas líneas,
que un pergamino dorado guardaba,
puso unas letras pequeñas y tímidas
y vírgenes y marginadas,
un estudiante de latín, un monje cuidadoso,
y que, minuciosamente, las ordenaba.
Casi como lo escrito
era lo que creaba;
pero había un grito contenido
que se hacía canto de libertad en la página.
Y cada letra era un botón de rosa,
una niña que abría los ojos y miraba,

una pluma en un nido tembloroso,
una piedra raramente cristalizada.
Como la luz hermosa e indecisa
que nace con el alba,
iba abriendo su día lo escrito,
y se extendía y se derramaba.
De la pella de barro iba creciendo
la criatura iluminada.
Y había un mundo nuevo para el escriba;
misteriosamente le acompañaba;
crecía
y sonaba
en su pecho como
el voltear de una campana.
"Era entonces Castilla un pequeño rincón"
y San Millán, una antorcha recatada.
Iba cuidando el monje su fuego naciente
en la soledad castellana.
Allí
estaba
el manjar de los siglos de los siglos,
la sed que por primera vez se saciaba,
el escudo tendido entre la hierba,
más brillante después de la incruenta batalla:
hogar con la tea para transmitir la lumbre,
luna candente en la noche sobre la nevada,
ola prestando su sangre
al innúmero silencio de las playas,
vaso de dos manos que se juntan
para las vísperas del agua.
Y ahora yo soy
el que canta
sólo para el que va conmigo
como en el romance se cantaba.
Escribo a los mil años,
mil años de tierna labranza,
de surcos que se han sucedido
bajo el sol o sobre la escarcha.
¿Qué mano llega misteriosamente a mi mano?,
¿con qué conocido ritmo me acompaña?

No soy yo quien escribe,
quien mueve en el aire el aire, y canta
sobre la canción, quien
asalta
la mansión ofrecida,
sobradamente regalada.
Calor, pulso, medida y número recibo
que entran por los balcones de mi casa.
Se acercan los aleros,
los artesonados de las sonoras estancias,
los teatros y los estadios cobijados,
los cuévanos resonantes de la palabra;
se acercan los zócalos y los frisos
y los capiteles de hojas rizadas,
y piden sitio y nombre,
y orden y línea y almohada,
y tiempo en el tiempo
y distancia.
Espacio piden para llenarlo de sentido,
vasija para recoger la gracia,
las innumerables y comunicantes
cárcavas,
la medida justa
de las habitables estancias,
los secretos de la hierba diminuta
y la estatura de las montañas.
Todo llega en una procesión caliente
y sucesiva y recreada,
buscando ser nombrado
en la nueva parábola.
Duda el labio, bebe el labio
la fortuna del legado y lo proclama.
Hablar es ser más hombre dentro de la hombría
sustantiva, ser dueño de la música bautizada.
Si no digo, no soy. No soy el que soy
si no lleno el vacío de mi casa
con una eterna melodía
dulcemente paladeada.
No eres tú hombre, hombre de enfrente,
si mi voz no te llama.
No puedes tú entrar en el sublime juego,

en la misteriosa contradanza,
en el mágico concierto,
en los peldaños de la escala,
en el templo de la armonía,
compañera, muchacha
para quien puedo ejercitar los cristales
que se entrechocan en la garganta.
Si tú respondes es porque has oído,
es porque te señalas
y te desnudas
entre las ramas
del innumerable bosque
que anda
como en la tragedia de Macbeth
andaba;
es porque también
atesoras y guardas
la clave que te pertenece,
que te revela y en la que te exaltas.
En este predio creo porque crees, camino
porque caminas, hablo porque hablas.
En el combate, en el diálogo
las lanzas
se vuelven
cañas.
El cáñamo las une, y por ellas el viento
serenamente pasa.
Y tú, niño, que llenas
de iluminada
sonoridad
mi casa,
débilmente, torpemente, imitando, imitándonos
—con qué empeño—, ensayas
lo que será dominio y potestad en el tiempo:
las notas primeras de la flauta.
Aquí surge el manantial, aquí se rompe
la tierra para que nazca
la fuente. Tú eres un dios;
tú traes ocultas en tu aljaba
las flechas todas que ahora se afilan
en la sombra preparada;

tú eres un dios y vas a calmar a las fieras
y vas a sobresaltar la balanza:
un platillo en la tormenta
que brama;
otro, en la lluvia
que al relámpago aplaca.
Ya suena el mundo, ya grita el día,
ya ríe en la hoguera la brasa,
ya va a salir del parque solitario
la conversación de las estatuas.
Ya está el hombre dando señal de vida,
señal de alma
bajo el techo
del templo de las cien mil lámparas.
Se estremecen en el universo vicioso
los labios de las galaxias.
Y todavía digo yo más, dices tú más
si acertamos a dar con la palabra.
Niño de oro
que con una naranja
en la mano te acercas para decir,
que ya estás diciendo y cantas,
¡qué miedo de pronto!,
qué miedo, nubes mudas y erráticas,
si el silencio
reinara
eternamente a nuestro alrededor,
si nadie pudiera romperlo —fantasma
vacío, dramático mar
en calma,
huesa
desenterrada,
corazón deshabitado de su sangre,
ojo sin la blandura de una lágrima—,
si nadie tuviera una lengua
de fuego, de gloria, de posible añoranza,
de música sabiamente, dulcemente
ejercitada...
A los mil años escribo
sobre el amarillo de la antiquísima página.
Háganos Dios los veladores,

los claveros y los patriarcas,
los dueños de las profecías
y de la memoria resucitada;
demos a los hijos, y a los hijos de nuestros hijos,
la mejor forma de ganancia,
el zumo de la fruta, el ojo brillante
y la boca ávida.
Por nosotros
habla
el poeta del Mío Cid,
y Nebrija y Cervantes hablan;
con nosotros escribe Teresa,
la mandadora y la bien mandada,
y San Juan de la Cruz, el madrecito,
y Fray Luis de Granada
y Fray Luis de León
y el Marqués de Santillana;
El Arcipreste, "bien mancebo de días"
que hizo "muchas cantigas de danza",
y Don Juan Manuel
y el Canciller Ayala.
A nuestra mano llega Jorge Manrique
—nardos cubriendo una mortaja—;
el autor de *La Celestina*, sangre
en el cuello de una paloma blanca,
y Garcilaso que hizo más hermosa y nuestra
la "melodía italiana";
Calderón que es una lluvia de oro
heráldica
en una custodia
de plata;
Lope, un relámpago de azahar en la noche,
un pétalo de sol en la enramada;
Quevedo, una agonía que se ríe,
una muerte que no vuelve la espalda;
Tirso, las cuatro de la tarde en Toledo
entre almendros y entre cigarras;
Góngora, una panoplia brillante
de "espadas como labios" y labios como espadas...
"No le toques ya más que así es la rosa",
así la libertad de la rosa deshojada,



así los hilos del tejido
que ordena la poderosa trama
de los nombres. Iluminad, amigos míos,
la fachada
de mi hogar escribiendo
amistad y beso, y paloma y biznaga,
y magnolio y laurel y tamarindo,
y camino y pleamar y enramada,
y ciervo y corazón,
y ruiseñor y alondra y águila.
Envolved en pañales cada letra
antes de darla
al mundo, y bendecidla
por recién estrenada.
Decid conmigo *hermano y hombre y pétalo,*
y decid *luz y plegaria.*
Decid conmigo *lengua,* salvación de los miedos;
decid conmigo *lengua* para que suene *patria.*

II

Me he parado en el tiempo y alguien aquí se para.
He mirado a lo alto y otra cabeza yergue
su frente que ahora imita la luz de primavera.
Lo que aquí se detiene conmigo es el lenguaje:
semilla rumorosa y elevación del fruto.
Lo que aquí se detiene conmigo es la palabra,
esa torre, cruzada de fe, que se revela,
ese corcel que pasta mis campos de ternura
o levanta sus cascos a las constelaciones
en la noche infinita que enmudece contigo
o puebla de cadencias el cuerpo de los astros.
Tú eres mi testimonio, mi cruz y mi linaje;
mi estirpe, mis paredes o mis portales eres,
mis tejados que esperan tu ruido con la lluvia,
mis hogares que hablan con la leña quemándose;
la madera que toca la amistad de los puertos,
las alas que en las alas encuentran compañía,
la fuente que mil fuentes escogidas enlaza,
el río que recibe los ríos y los nombra
finalmente y se queda solo con sus orillas.
Te adueñaste del mundo limpiamente y cantando,
solamente diciendo: "yo traigo la esperanza".
Lo que no era nombrado no existía. La tierra
prestó la emocionada cueva de sus oídos,
el palpito impaciente de un corazón unánime
que esperaba en la sangre las claves sucedidas,
que respira, respira, y alguien escucha y sabe.
Tu mirada profunda contempló lo mirado;
después sola te fuiste sin volver la cabeza.

Te dejaste riquezas, ramos de territorios,
arenas marineras y desiertos y bosques
donde el desconocido pájaro entretenía
umbrías vegetales que no alcanzaba el sol.
Todo lo que miraste se cubrió de hermosura,
quiero decir, de nombres, que fueron pulso y orden,
y designios futuros, y amor y sal del tiempo.
Fraternidades únicas llenaron los espacios.
Tu ausencia no lo era, porque ya estaba el puente
tendido sobre el tiempo. Podías recrearte
en todo lo entregado más que en lo recibido.
¡Qué soledad de pronto si todo enmudeciera,
si el eco no llevara lo que tú le regalas!
Pero nadie está solo, nadie tiembla en el miedo
si alguien dice su nombre en un rincón del mundo.
Ahora cierras los ojos y te ves bautizando
las gracias y los símbolos y el mar y sus primicias,
los campos que la luna nevaba estremeciéndolos
y el monte inaccesible con nieve verdadera...
Abreme puertas, puertos, viajes y travesías.
Pásame en esa barca de oro con cuadernas
que, estrechadas y acordes, establecen la música;
llévame al aire como la casa de Loreto
para que fecundemos el porvenir sonando.
Contigo voy cubierto de una ajustada tela;
el hábito me hace y tú me lo has tallado:
eres amor y él viste como Ausias March decía.

III

Conozco a los que hablan, los he oído;
conozco a los que cantan;
conozco a los que dicen la primera
palabra, a los que inventan
la rosa blanca del entendimiento;
conozco a los que nacen con el día,
a los que si se cruzan se saludan
como en un musical y eterno encuentro;
conozco a los que van hacia la tarde
con la delgada vecindad del campo;
conozco a los que salen de la mina,
a los hacheros del pinar, a todos
los que tocan el don de la materia;
a los boyeros que en un grito juntan
la sonora costumbre del camino
con el destino oscuro de la rueda;
conozco a los que a punto de hablar callan
y ocultan la canción en el altivo
pecho y a los que baten sobre el yunque
el hierro rojo; a los que están, conozco,
alrededor del árbol milenario
que da nombre a la plaza y ocio y sombra.
Conozco a los que dicen de la vida
y a los que van a conversar con ella;
a los que con la nieve a la cintura
de las casas se acercan y repiten
sus andanzas y sus aconteceres
bajo el tejado blanco de la aldea.
Conozco la salmodia convenida

de los que juegan con los naipes ágiles,
y dicen unas sílabas y bastan.
Conozco a los pastores que contienen
los hatos bullidores del lenguaje
y los recogen cuando cae la noche.
El cuchillo del habla es su secreto,
la hoz comunicante y brilladora
que espera diariamente el acto vivo
de la conversación como la espiga.
Conozco a los que, lúcidos, se cambian
recuerdos y aprensiones y memorias;
a los barqueros que dividen sabia-
mente la flor del agua y luego unen
con una sola voz las dos orillas
del río y vencen con su voz las voces,
los rumores con piedras del arroyo.
Conozco a los que cantan sobre el ruido
del taller, y se mueven, y se entienden;
a los que una babel inconfundible
levantan cuando suena la campana
que clausura el sudor y la tarea;
a los que encuentran el hogar abierto,
y dejan la herramienta, y sus afanes
son la palpitación de la existencia...
Eres tú, niña mía, la palabra,
la que los enaltece y justifica:
joya de castidad, desnudo cálido,
apertura causada y oferente,
afirmación del pecho y su resuello,
tú, sal y cavidad donde se aloja,
tú, arcilla y cera, y pan como alimento,
tú, palabra, esperanza del destino,
confirmación de dos sobre la tierra.
Yo los conozco; llevan tu estandarte
en alto y, entendido, lo hermocean.
Ellos son los honderos de tu cuerpo,
los que te cuidan y te fortalecen,
los que podan tus árboles y buscan
el limo más nutricio para el bosque.
Ellos son los que eligen tu frescura,
tu luz más convincente en la arboleda,

tu resplandor que desafía al fuego,
tu majestad de estrella anunciadora.
Yo los conozco porque ya se acercan
y tú, tan suya y niña, te adelantas.
Palabra, nunciatura y compromiso,
esquila blanda, piedra salvadora,
viento que arrebatado nos explica,
arena que en la arena se distingue,
gota que entre la lluvia es una y única.
Los que te traen hacen mejor el mundo;
en andas de las bocas van los nombres;
porque somos nombrados existimos;
vamos hacia la vida por el ruido,
estamos en el mar como las islas,
y es la palabra el agua que nos cerca,
y nos hermana, y nos protege, y somos
las llamas unitarias del incendio.
Yo los conozco. Van a hablar. Escucho.
Se acercan y los ídolos levantan.
Abren las puertas vivas de la música,
y la conjugación de los violines
penetra en los dominios del silencio.

IV

Ya está completa y todavía
posible, abierta y ascendida
la canción. Se adelanta el tiempo
de los conocimientos, y la aurora
opera su prodigio.
Hablan, hablaron otros
de lo que era la invención del día.
Se había completado un fuego;
a su calor venían los coloquios.
Con todo el oro, todo el viento,
toda la voz del mar; las soledades
compartidas, unidas con las luces
primeras. Con un orden se mezclaban
las claves, los enigmas.
Las bocas, mudas antes, eran
origen de la fiesta grande. Tuvo
el hombre más extensas vecindades,
hermandades más últimas y acordes...
Nebrija había dicho que la lengua
fue siempre compañera del imperio;
pero ahora el imperio es ella misma.
Ocupa paz, lugares en la tierra;
aplaca la distancia, y duele menos
el vacío entre dos que hablan y rezan.
Este es el ámbito, el claro dominio.
Hacia las costas más lejanas,
hacia los campos y las selvas,
hacia los ríos sin orillas,
hacia los pinos y los palmerales,

un cinturón sonoro hace posible
que la tierra se cerque y se atavíe
con el alrededor del castellano.
Esta es la gran corona, ésta, la ronda;
ésta, la señalada circunstancia;
éste, el rastro que siguen los amantes
de una voz compartida sucediéndose.
Es el emperador el que ahora dice:
"Señor obispo, entiéndame si quiere
y no espere de mí otras palabras
que estas las de mi lengua castellana,
tan noble que merece ser sabida
y entendida de toda aquella gente
que se precie del nombre de cristiana".
"Como trompeta con tambor resuena",
se canta en el *Poema de Almería*.
La princesa Isabel,
tercera de este nombre,
reina y señora natural de España,
la recibió en un código esmerado
"para que florecieran
las artes de la paz".
Pedro Mexía, el de la *Silva varia*
dice que lo aprendido de sus padres
quiere dar como herencia en sus vigiliás.
Juan de Valdés, que en Cuenca fue nacido,
y que escribió el sapiente
Código de la Lengua,
dijo que ya en Italia se tenía
por galanura y gentileza
saber hablar la lengua castellana,
tan abundante, y tan gentil y noble.
Y Martín de Vicianá,
nuestro renacentista,
nos dice que es la lengua castellana
"cortesana y graciosa,
inteligible y conversable".
El cordobés Ambrosio de Morales,
que estudió en Salamanca,
sentenció: "Yo no digo
que afeites nuestra lengua castellana;

lávale bien la cara,
no le pintes el rostro;
quítale suciedad y no la vistas
bordados ni reclamos;
dale buen atavío de vestido
que pueda aderezar con gravedad”.

Fray Luis de León dijo:
“Yo pongo en las palabras
concierto, y las escojo,
y a todas ellas su lugar asigno”.

Pedro Malón de Chaide,
que supo enaltecer la hispana ascética,
elogia las raíces españolas:
“¿En qué lengua escribieron
Moisés y los profetas?
En su lengua materna, la que hablaban
el zapatero, el sastre,
y el tejedor y el cavatierra,
y así el pastor y todo el mundo entero”.

Y Fernando de Herrera,
creador de la escuela sevillana,
dice de nuestra lengua
que es grave y religiosa,
honesta, tierna, suave
y magnífica y alta.

Francisco de Medina,
profesor en Jerez de la Frontera,
escribe que no hay lengua
tan copiosa y tan propia
de significación;
tan suave al pronunciarla
y de tanta blandura
que se dobla a la parte.

De Miguel de Cervantes son palabras
éstas, sobre la lengua y su abundancia:
“Campo fértil y abierto y espacioso,
por el cual, fácilmente y con dulzura,
con elocuencia y gravedad se puede
correr con libertad,
por el que los ingenios españoles,
con el favor del cielo,

se han levantado en nuestra edad dichosa
con nombre y con ventaja".
Luis Cabrera de Córdoba,
el autor de la *Historia
de Felipe Segundo*,
dijo que, aunque sabía de más lenguas
que otras veces usó,
procuró que la lengua castellana
fuera más general y conocida
en toda tierra donde el sol alumbra.
Y Bernardo José
Alderete, que de Málaga era,
dice que si los nuestros trabajasen
su lengua castellana
y sin afectación la ataviaran
con aseo y limpieza
y con cuidado puesto en lo que adorno
y realce cupiera,
no sería inferior a otras que el mundo
alaba, y que ventaja les haría.
Juan de Robles, que fue el autor del libro
El culto sevillano,
estima que escribirla
es de ingenio ejercicio,
maravilloso y de muy grande estima.
El maestro Gonzalo
Correas, cacereño,
dice de nuestra lengua:
"Como la mar las aguas de los ríos
convirtió en sí vocablos forasteros",
también que "es grave, llena, dulce, clara,
sonora y más distante y extendida".
Y José Pellicer dice de ella:
"no hay otra tan fecunda y elegante".
Y Feijoo nos recuerda los ingenios
que supieran llegar a engrandecerla.
Y Gregorio Garcés también evoca
al copioso Cervantes
y al verso en la alborada de Fray Luis.
Forner en sus *Exequias* quiere alzarle
un justo monumento.

Que, aunque la muerte temen
y el fin de su reinado,
"es dulce lamentar de sus pastores"
el que encuentra el rebaño numeroso
con celo de sentirse conducido
al más feliz de los advenimientos.

No es cuadro pintado en estancias,
que sea el revés de lo que miramos.
Leante tu voz misteriosa en el pecho
de un ángel venido desde el cielo,
mudando la perra con sus ojos
temblor, con sus labios y sus manos
un alfiler, la pupila de un
Nadie podrá encontrarlo en el tiempo.
Quiso ser visto, alado, en el momento
pero no aquel que sólo se ve en el
vispera de algún joven burlado.
Le cambiaban como a un resplandor
en tu voz oscura y misteriosa
por algo que no sabe lo que es la vida
con la primera cara en el mundo.
Se cubren tu patria y tu nombre
tu claridad de una niebla
tu secreto de una niebla
por algo que sólo surge de un momento
de fuerte penitencia y miseria.
Ya se presenta y llega la verdad
ya se rasca el latido de una vida,
cuando, tras el prodigio de los siglos
que han rasado el pasado del tiempo,
se oculta al sol un día de los días
que te dio el ser y no te dio el ser.
Tu voz desde entonces en tu voz
obediencia y la vida, alado
tu música sagrada y las estancias.

V

No; no quiero pensar que te extravíes,
que seas el revés de lo que nombras.
¿Lo que tú has sostenido con el peso
de un único sonido dulce y solo,
andaré por la tierra con sonámbulo
temblor, con madrugada que se extinga
sin alcanzar la plenitud del día?
Nadie podrá encontrarte si te pierdes.
Otro, con otro mundo, será el nombre,
pero no aquel que optó por ser primero,
víspera de algún joven paraíso.
Te cambiarán como a un ropaje hermoso
en tu más delicada antigüedad
por algo que no sabe lo que encierras
con tu primera savia en el origen.
Se cubrirá tu pátina paciente,
tu claridad de cuna meridiana,
tu apresto de heredada lejanía,
por algo que ahora venga de otro orden,
de fuente peregrina e invasora.
Ya se apresura y llega lo temido;
ya se mueve mi labio de otro modo,
cuando, tras el prodigio de los montes
que han mirado el paisaje del idioma,
se oculta el sol cautivo de los oros
que te dieron su peso y su medida.
Tú eras dócil, palabra, en tus dominios;
obedecías a la idea, alzabas
tu música sagrada a las estrellas,



pero alguien vino a desterrarte, a hundirte
en la desolación o en el silencio.
Tengo que responder con una lágrima
a los nuevos bautizos incesantes
que te quieren mudar inútilmente,
mientras tú, tan hermosa y tan primera,
habitas en las noches paulatinas
el lugar de las desapariciones.
Pero aquí me detengo a contemplarte,
a llorar tu entereza y tu abandono,
a despertar de nuevo en la espadaña
el voltear de la campana antigua.
Hasta una habitación de miel y aire
llega el eco nupcial de lo perdido,
que hace sus bodas con las latitudes
que nos hermanan y nos sobreviven.
Es como un huracán que, subterráneo,
oye bramar la tierra y la confunde.
Desde lo más profundo, la palabra
dice el amor de los que la sembraron
y escribe en las gloriosas catacumbas:
"Aquí han estado antes los poetas".
Ellos fueron las voces nombradoras;
ellos, la sucesión de los sonidos;
ellos, el pentagrama de las notas;
ellos, los que salieron con el alba,
y velaron las armas, y tomaron
la lanza, y destruyeron los gigantes
del sueño, la pereza y el olvido.

VI

No estamos solos. No estaremos solos
ya nunca. Allí esperaba la leyenda
hecha verdad, allí nos esperaba,
apercibida y bien dispuesta
la remota antigüedad, que se hacía
cercanísima y nueva.
Allí se anunciaba
la proclamación de la arboleda.
No estábamos ya solos. Otros,
a nuestro lado, formaban la cadena.
Oían, nos oían y seguíamos
la claridad de la misma senda.
Entendían, nos entendíamos
ya con voces idénticas;
tirábamos al aire
la moneda
de nuestra afirmación y del futuro
de nuestra empresa.
Inaugurábamos el tiempo
con la misma primavera;
abríamos el cielo de la esperanza
con la misma certeza:
emparejados, empeñados
en la misma tarea.
Defendíamos —pechos como escudos,
lenguas
como pacíficas
saetas—
la misma

fortaleza.
Se tendían los mismos puentes, descendían
con las mismas cadenas,
y las palabras
eran,
sobre las torres compartidas,
las almenas
empavesadas
e idénticas.
No estamos solos. No están ellos solos.
Aquí está *Eldorado* para quien entienda,
aquí, mejor que todos los tesoros,
la incomparable riqueza,
aquí, en las páginas de un libro,
la riquísima herencia.
A la memoria venían
las primeras
jornadas del encuentro,
las deslumbrantes y misteriosas evidencias.
El mar, inaccesible y único
había abierto un día su escarcela
para recoger una palabra
lanzada al aire: "¡Tierra!".
Ella fue la salutación
hecha
al mundo desconocido;
ella
la que había soltado el lazo
que anudó las muñecas
del Almirante —nuevo Ulises—
al palo mayor de la carabela.
Habían cesado los miedos y las vacilaciones
y las destructoras sospechas.
Dejaron de cantar —¿vencidas
o vencedoras?— las encantadoras sirenas.
Una palabra —la palabra— dentro de un grito
sería la primera
de las que luego cumplirían
la fecunda cosecha.
Los recién nacidos meridianos
se extenderían como venas

por un cuerpo vecinal y amante
que iba a ser vergel y residencia,
mañana del mundo
que nos duplica o nos completa.

VII

Hay algo que este mundo por donde yo camino
siguiera que me invite y se quite a casa
lenguas que están diciendo las cosas olvidadas,
que están resucitando la que nunca existió.
Ya llega a mi palabra la resaca del mundo
la música de hoy ruina sobre el antiguo verbo.
O es aquel el que viene, el que va furiosamente,
el que en tiempos remotos se movió en los bosques.
Hombres que otros venen, que otros se olvidan,
entran en las antiguas salas de aquellas casas
donde, entre polvos y siglos, se esconden
escuchando su riqueza que nada tiene.
Pero llegan los hombres nuevos, los hombres
descorran, desvelen capotas y quitas
y sacan las alhajas, las perlas, las joyas,
donde reconocemos de probable presencia.
Son los conquistadores de hoy, son los señores
de un tiempo nuevo, y, en la actualidad
recobran lo que es nuestro, lo que de nuevo
porque en sus labios suelta como
en los de los abuelos, y apetece lo
Veinte países danzas la canción
hablan como se sabe la idea de la memoria
Y recrean los poemas y recitan los nombres
la selva paraguaya, de arborescencia
que se alza majestuosamente que los nombres de
el Uruguay que escucha sobre la gran
al parador que inventa sobre la
y que sabe el valor de los
y los pajaritos que danzan
Argentina con fuerza de agua en los ríos.

por un cuerpo vecinal y amantado
de las plantas que en el mundo
nada del mundo, como las
que nos duplica o nos completa
son.

saludablemente error al orden
de las cosas
empañadas las
identidad.

solos solos nada de los
algunos que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

de los que son los
de los que son los
de los que son los

VII

Hay algo que está andando por donde yo camino;
alguien que me repite y se ajusta a mis huellas,
lenguas que están diciendo las cosas olvidadas,
que están resucitando lo que muerto creía.
Ya llega a mi palabra la resonancia nueva,
la música de hoy mismo sobre el antiguo verbo.
¿O es aquél el que suena, el que yo tuve un día,
el que en tiempos remotos se quedó en los desvanes?
Hombres jóvenes vienen, impetuosos se acercan,
entran en las antiguas salas de aquellas casas
donde, entre polvo quietos, los muebles, recogidos,
esconden su riqueza que nadie apetecía.
Pero llegan los hombres nuevos, los herederos;
descerrajan, revuelven cajones y gavetas,
y sacan las alhajas, las preseas, las joyas,
donde reconocemos de pronto lo perdido.
Son los conquistadores de hoy, son los centauros
de un tiempo nuevo, y, ávidos, recobran lo que es suyo,
recobran lo que es nuestro, lo que de nuevo amamos
porque en sus labios suena como sonó otros días
en los de los abuelos, y apenas lo sabíamos.
Veinte países cantan la canción regresada;
hablan como se abre la flor de la memoria.
Y recrean los nombres y repiten los nombres
la selva paraguaya, de andadura implacable,
que se abre mansamente con los nombres de Cristo;
el Uruguay que escucha sobre la gran llanura
al payador que inventa su copla en los boliches
y que mira el voleo de las boleadoras
y los pañuelos rojos debajo del sombrero;
Argentina con fuerza de toro en los galpones,

entre gauchos cobrizos con cintura de plata,
con los gallos gigantes de llameantes crestas
y exvotos de la Virgen de Luján entre lazos;
con Córdoba que, hablando, se adelanta a la música
y vio a Manuel de Falla, solo frente a la sierra.
Recreando los nombres, repitiendo los nombres,
orillando azuladas timideces del lago,
vienen los conductores del rebaño de llamas,
femeninas, mezcladas con pacientes burrillos
que manchan de ceniza la Bolivia altiplana;
allí cactus con flores moradas o amarillas
alzan el candelabro donde anuncian su muerte.
Y recrean los nombres y repiten los nombres
los guías que nos abren la catedral de Cuzco
—Perú de Machu Pichu— donde era una rodela
el sol, y había un pájaro que para hacer su nido
deshacía las piedras con un poco de hierba.
Recreaban los nombres, repetían los nombres
en la ciudad de Lima, huérfana de la lluvia,
como una Andalucía de trémulas campanas,
y en Caracas, que baja del Avila y su niebla,
con rejas y cancelas barrocas en las casas,
donde yace Bolívar, y su voz, nuestra digo,
calla con la palabra *libertad* en la boca.
Y recrean los nombres y repiten los nombres
Bogotá y Manizales y Cartagena de Indias
que llega en los dorados mascarones de proa,
donde la caracola del castellano suena
mejor, y con su acento Ximénez de Quesada
le dio cuna a la lengua perfecta de Colombia;
Panamá, que ha tejido un cinturón de agua
para partir “por gala” los dos labios de América
y que trae en el lomo crestado de la iguana
los tiempos en que no eran los hombres ni los nombres.
Hablan en castellano las siete Salamancas
que alzaron los Montejo en tierras yucatecas,
donde México luce su emplumada serpiente
que repta en las pirámides de dentada estatura
y rueda bajo bóvedas el sol del calendario
mientras canta en las ramas el “clarín de los bosques”.
Y recrean los nombres y los nombres repiten

mujeres habaneras que ven llegar los barcos
y extienden su mirada por los cañamelares,
cuando entre las maracas la palabra española
es una buganvilla que en Atares se crece;
como en Santo Domingo, a orillas del Ozama,
donde dejó amarradas Colón sus carabelas,
se reza lentamente la oración de la tarde
en una iglesia abierta con velas encendidas
contra la blanca luna que nieva en los jardines.
Y recrean los nombres y repiten los nombres
en Nicaragua, llena de lagos y volcanes,
donde Rubén Darío y el "divino tesoro"
de la palabra calla junto a un león dormido,
y en Honduras, profunda como su nombre hermoso,
y en el Monte de Plata, digo Tegucigalpa,
con patios andaluces —carteles y azulejos—
y ángeles que aletean bajo las catedrales.
Y recrea los nombres y repite los nombres
El Salvador, cuajado de agresivas colinas
y de floridas chacras junto a los cafetales,
y Costa Rica hablando ceceantes palabras
bajo el Irazú verde con columnas de humo,
donde ruedan carretas policromas y unánimes
tiradas por pequeños bueyes color canela;
y Chile, prolongando el alto grito andino,
ese fuego oscurísimo del reino del salitre
y el verbo de Gabriela Mistral, de lodo angélico:
"amanecer de siesta y oración no arribada".
Y recrea los nombres y repite los nombres
Ecuador cuando mide la cintura a la tierra,
llenando con sus lagos los cráteres extintos;
Guatemala que reza con alfombras de flores,
dando al suelo la gracia y el color de un vestido,
y también Puerto Rico que guarda en Río Piedras
el verso y la memoria de Juan Ramón Jiménez.
Y recrean los nombres y repiten los nombres,
con ávida distancia, las Islas Filipinas:
siete mil esperanzas que adolecen formando
un fragante collar de sampaguitas
que en el cuello del mundo todavía recuerdan
el aroma español de la palabra.

VIII

Palabra, sangre, mano desprendida y fecunda,
no sé si merecemos todo lo que nos diste.
No habría tantos hombres tan cerca de nosotros
si tu puente no hubiera atravesado el tiempo,
si tu genio profundo no hubiera alimentado
voluntades y voces y alientos y armonías.
Eres el cuerpo libre, la desprendida fruta,
tan entera que a veces no nos pareces nuestra;
la criatura habita con otras criaturas
que, vívidas, evocan la cuna y los principios.
Esa es tu gloria y ésta es nuestra gloria, y ésta
la figura que tienes si te vemos de lejos.
Suenas de cien maneras y en cien ríos te bañas,
salimos a tu encuentro como desconocidos
y también comulgamos con lo que te enriquece
porque en ti nos sentimos más remotos y nuestros.
Tú me salvas. Te sigo. Me conduces. Te acepto.
Hijo pródigo, vuelves al hogar, pero vuelves
triumfante de armonías, crecida de ramaje.
Temí por ti algún día, temía por mí mismo.
De los propicios cielos una lluvia llegaba
que a todos nos cubría, lustral y generosa.
Se extendía la música por múltiples teclados,
por cuerdas más tensadas subían los sonidos.
A ti, la regresada, preguntamos a veces:
¿dónde has estado? Tienes como un color distinto;
te nombras por mi nombre, pero no eres la misma.
¿O sí? Ya te señala la antigua ejecutoria.
Yo también he cambiado, pero te reconozco.

Muy cuidadosamente he transformado el cuerpo,
he rozado las alas de polvo sutilísimo
y acaso te he hecho daño o he cambiado tu rostro.
Pero es mejor ahora. Un mañana se acerca
donde será tu reino más ancho y verdadero,
donde la sangre joven será fuente nutricia,
resonancia a más altos pentagramas devuelta.
"Abominad la boca que predice desgracias",
dijo Rubén Dario, nuestro gran árbol, nuestra
estrella más brillante sobre dos continentes.
Su español era mucho más español que el nuestro,
su puñado de trigo fecundó más el surco
de la lengua, y su verbo trajo el jugo sabroso
de "las savias dormidas" "hacia el lado del alba".
Tú, palabra en el mundo; tú, palabra completa,
eres fuerte, y tus armas, incruentas, refulgen
bajo el imperio eterno de las constelaciones:
brillas más que ese cingulo de Orión en la alta noche,
brillas bajo otros cielos más que la Cruz del Sur.
¿Dónde has estado?, dime. Tú me enseñas. Te oigo.
Tú me traes a la casa la lección aprendida;
de la que aprendo ahora. Aventuras y acentos
le prestas a mi sueño, y a tus sueños me acojo.
"En espíritu unidos", "en espíritu y lengua",
va a "llegar el momento de cantar nuevos himnos".

IX

A vosotros os hablo, a los que ahora
tenéis en vuestras manos el milagro,
a los que descendéis por estas minas,
a los que trabajáis en la cantera
y una luz os deslumbra en la jornada,
a los que la palabra estáis cuidando,
a los que la escucháis y tercamente
la perseguís para alcanzar su magia;
a vosotros os digo en las orillas
de todos los caminos y a la sombra
de la arboleda en la que entráis a diario,
que no dejéis la hoz ni la labranza,
no detengáis en el alfar el torno
ni abandonéis el banco en la galera.
No es más hermoso el pino en su resina,
ni el hundido metal cuando amanece,
ni el águila real dentro del aire,
ni marzo en el tejido del almendro.
"Digas tú el marinero
que en las naves vivías,
si la vela o la nave o la estrella
es tan bella".

Oíd, oíd las viejas resonancias
donde cada palabra se cobija;
reconstruid la vida y la aventura
de su existencia, investigad su origen;
viajad con ella en todas las edades,
abridle aquella luz que antes tenía,



romped los altos muros que la cubren,
dadle su peculiar rostro, elevadla
sobre los pedestales de los tiempos
para hacerla posible entre nosotros.
La palabra es un credo, una costumbre,
un horizonte y un desasosiego;
buscadle los cuarteles de su heráldica
y la tierra solar de su hidalguía.
No es más hermoso el sol en el crepúsculo,
ni el mar que acoge al fuego en la tormenta,
ni la cigüeña en alto con el nido,
ni la ermita sonora en su espadaña.
"Dime tú el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella".

A vosotros os digo, guardadores,
elegidos que hacéis la centinela,
los que venís de las jornadas duras
donde con las tinieblas os perdíais.
Tenéis la servidumbre del lenguaje
y el señorío del lenguaje; el orden,
el límite, la libertad y el peso,
y el ala y la ocasión de la palabra.
Vais a buscar su sal y su armonía,
sus celosías y sus certidumbres,
sus campos de feraz entendimiento,
sus cárceles jugosas y elegidas,
sus abandonos y sus fortalezas,
sus laberintos y sus vecindades.
No es más hermoso el despertar del fruto,
la víspera latente en la crisálida,
la flor abierta que fecunda el viento
o la arista escondida del cuarzo.
"Digas tú el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado o los valles o la sierra
es tan bella".

X

Ya sé que escribo a los mil años,
que mi mano se mueve ahora
como si fuera un junco solo
que batieran todos los ríos,
que descubriera la tibieza
de la tierra, el peso del aire,
que alertara a las criaturas
y apretara todos los frutos.
Oh, palabra, mi compañera,
mi soledad, conmigo sola,
con la que hablar a Dios un día.
En tu espléndido territorio
se ha hecho la luz de pronto. Surgen
entre todas las claridades
los peldaños hacia tu trono
y la totalidad del fuego.
Bajo "la voz a ti debida"
eres mi heraldo y mi proclama,
eres mi báculo y mi brújula,
y el valladar de mi sendero
por donde voy apercebido.
No sé cómo ha sido el hallazgo.
Ya te digo, "sin ser notada"
has abierto la puerta de oro
y he penetrado en tu sagrario.
Me reconozco porque eres.
Porque estás, te llamo y acudes.
Pero te gano con esfuerzo
y te conquisto a cada instante,

y eres amor que me provoca
y me conforta, y se adelanta
a mi concierto con los hombres.
Ya sé que escribo a los mil años
y que no te merezco ahora
cuando luces todas las galas
que se espejan en mi pobreza.
"Amame más para ganarte",
para llevarte de la mano
sin herirte, para que veas
todas las cosas que posees,
de las que eres anunciadora.
Si tú quisieras, "yo sería
tu escudero" para servirte
ciegamente que, sin los ojos,
yo llevaría tu mensaje
al más allá de los deseos.
Digo y escribo. Y tú, palabra,
me representas y cautivas;
no son tus rejas, son tus brazos
los que me encierran tiernamente.
La luz que nace de ti misma
nos guiará por la tiniebla
—"que el puro resplandor serena
el viento"—; avanzaremos juntos
al son que tú mides y acatas.
Se abren el mundo y las edades,
y tú serás apetecida
por los que esperas y te esperan.
Otros mil años de horizonte
tienes delante. El río pasa,
la vida pasa, y tú la llenas
de plenitud y entendimiento.
Tú eres sonora, dulce y llana,
como trompeta y tambor sueñas,
eres galana y gentil eres,
cortesana, abundante y noble,
inteligible y conversable;
eres honesta, suave y tierna,
y religiosa y grave y alta,
y copiosa y propia y magnífica,

fértil y blanda y espaciosa,
y elegante y fecunda.
Ahora,
palabra, no me desampares.
Yo no sabré decirte tanto
como te han dicho los ingenios.
Me he quedado contigo a solas
y, apenas levantar las alas,
no he podido con tu bagaje.
Digo que sólo en un momento
me ha vencido tu resplandor,
supremo don, limpia moneda
inmerecida y refulgente.
Me has acercado tu hermosura
y, deslumbrado, no he sabido
entretenerme y descifrarte,
pero contigo está mi vida
y mi oficio te pertenece.
Yo soy un niño, un colegial,
un aprendiz de lo que enseñas.
Abreme el aula de tu pecho.
Es la del alba, la hora justa
de tu verdad. Vamos. En marcha.
Digamos *Dios* y *Amor* y *Madre*.
Ya no te llevo yo. Me llevas
tú, de la mano, como siempre;
tú, de la mano, a la mañana;
tú, de la mano, al infinito.

NOTA.—Para la composición de la estrofa VII del poema se han tomado algunas expresiones de las prosas americanas de Agustín de Foxá.

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. CAMILO JOSE CELA

SEÑORES ACADEMICOS:

Entra hoy en casa una de las voces líricas más claras de nuestro tiempo y de nuestra lengua, esa bendición de Dios que acabamos de oír cantar en verso, tal como debiera haber sido uso en todas y en cada una de las recepciones de los cien poetas académicos que por aquí pasaron hablando en prosa, quizá a veces sin saberlo, como el burgués gentilhomme de Moliere, que llevaban cuarenta años en la ignorancia. La historia de la Academia es larga y aún está por escribir (tengo el palpito de que a nuestro recipiendario le rueda por la cabeza la saludable idea de investigarla, ordenarla y redactarla) pero, desde el primer discurso editado, el que pronunció don Javier de Quinto, también sobre la lengua, el 13 de enero de 1850, hasta hoy, nadie usó la poesía para cumplir con el igual rito que hoy nos convoca. Y aclaro lo que no sería preciso ni recordar siquiera: que Zorrilla, pese a llamar *Discurso poético* a su pieza oratoria, no rozó del todo la poesía aunque se expresara en verso correcto.

Señalo con piedra blanca el hecho gozoso, y me detengo en las mismas lindes de suponerlo insólito, de que en la Academia Española, llamada por la gente de la calle —y sus razones tendrá para hacerlo así— la Academia de la Lengua, entre un creador de la lengua. Alegrémonos ante la evidencia, aunque fuere un punto cicatera, pensando, con el áureo Goethe, que la alegría y el amor son las dos alas de las grandes empresas: tal la que quizá espere a nuestra casa a partir de este momento en el que, según síntomas, se le devuelve el aprecio al cultivo de la literatura, la lengua del alma, para Cervantes, y el más seductor, el más engañoso y el más peligroso de los oficios todos, al decir de John Morley Burke.

José García Nieto acaba de decirnos que su mano tiembla sobre el papel al darse cuenta del tesoro, de la herencia y de la leyenda dorada que nimba la lengua que maneja: la española. Ha sido preciso que la libertad llegara derramando sobre todos su rocío benevolente, para que los españoles pudiéramos proclamar nuestro gozo de serlo y nuestra fortuna de poder hablar el español en voz alta y lozana y arrogante porque no es sólo nuestra lengua sino también nuestro orgullo. Demóstenes decía que la raza de los poetas es la dueña de la libertad, y nuestro ilustre recipiendario, siguiendo la pauta de Horacio, pregona a todos que su placer más dilecto y hondo y cordial ha sido el de ir encerrando palabras en la alada y rigurosa medida del verso.

Un aura de paz orea hoy los nobles ámbitos de esta casa, porque también un clarinazo de paz acaba de sonar para nuestro deleite y esperanza; el zurrado Antonio Pérez llamó a la esperanza el viático de la vida humana.

Los poetas son los heraldos de la paz y su voz se apaga con infinita tristeza cuando la paz no florece y grana en pródigos racimos; de ahí que la poesía quiebre con el horrísono fragor de los trances de armas, de las yermas situaciones que alejan al hombre de la paz, esa noción que es la umbría de las conciencias y no el páramo de los corazones; que no es jamás lo adivinado y sí siempre lo gozado con noción plena de que se posee, y que tampoco es nunca el silencio sino, en todo instante, la orquestada e inteligente sinfonía. El poema nace de las raras nupcias del poeta con el azar, y la poesía, a lo que supone Jorge Guillén, no reside sino en el poema. Acabamos de escuchar un hondo poema en el que la poesía late y vive con su alma y su entusiasmo al servicio de la lengua: esa herramienta que ahora es espíritu. Al referirme a aquella poesía que sólo puede vivir en paz he aludido, claro es, a la lírica —la cultivada siempre y sin desmayo por José García Nieto— y a veces se me ocurre cavilar que no hay suerte alguna de poesía distinta de la que señalo. Dejemos a los historiadores la dura prueba de caminar por ese callejón sin salida.

José García Nieto acaba de cantar el supremo don de la palabra, usamos sus idénticas sílabas ceñidas, con el fulgor de cada letra, con el sonido de cada cuenta desgranada, para rendirse y

rendirnos de emoción y de pasmo ante esa misma palabra, su palabra y la nuestra, que lleva mil años volando, como el halcón zahareño, a esta banda de la mar, y cinco siglos hendiendo el aire mágico, al igual que el cóndor altivo, a la otra costera del agua.

No deja de tener su paradójico y bellissimo misterio el hecho de que se precise de la palabra para decir y cantar y explicar la palabra, ese mágico huevecillo de las ideas y las emociones, los deseos y las imaginaciones, los sueños, los propósitos y hasta las ambiciones.

José García Nieto acaba de expresarnos en español y en palabra española su amor al español y a la palabra, su tributo a la lengua en la que nacemos y cantamos y amamos y nos peleamos y morimos. Y también escribimos, en verso y prosa, para el mejor orden de nuestro pensamiento y la más adecuada y ceñida cuna de cuanto vemos u oímos o imaginamos. Con la lengua que nuestro pueblo histórico nos ha regalado podemos nombrar la gema deseada, el río que jamás cesa, la pirámide que se levanta, el cielo que se adorna de estrellas con la noche, el velo misterioso que se abre cada mañana. En la palabra de nuestro poeta anida una noción hermosa, la de la atónita gratitud.

José García Nieto, con sus enumeradas y engarzadas razones de amor al español, declara también su amor a la poesía, la bellissima doncella de que nos habla Cervantes, casta, honesta, discreta, aguda y retirada. La poesía es amiga de la soledad —sigue Cervantes— y las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican. Pienso que este prosista y aquel poeta, al moler y acariciar la espiga de sus enamoradas corduras, están hablando de la paz. También pienso que no hay más paz que la del alma, la caldera del sistema nervioso y sus adornos —la memoria histórica, el entendimiento político, la voluntad moral— y, aún más allá, también pienso que la paz no es otra cosa que el racimo de las mil paces juntas, cada una fluyendo por su más eficaz y mejor aceitado releje. A veces pienso de otra manera o, anegado en mi propia y confusa paz, ni siquiera pienso: que ésa es la servidumbre de quien busca la paz con buenos deseos de encontrarla (por ejemplo, San Juan de la Cruz cuando nos advierte: Nunca el hombre perdería la paz si olvidase noticias, etc.).

Si no digo, no soy, acaba de decirnos nuestro recipiendario con adivinación precisa. No soy el que soy si no digo, si no lleno el vacío con la palabra. Si no decís, ¡hombre de Dios!, no sois, no sois ni aun el que sois: decid conmigo *lengua*, salvación de los miedos; decid conmigo *lengua* para que suene *patria*, nos pide el poeta. Y le pedimos la palabra prestada para decir: decid conmigo *lengua* para que suene *paz*. Recordemos, con Séneca, que nadie ama a su patria por grande, sino por suya, y declaremos nuestra verdad: buenos son y abiertos los mil caminos de la paz si a la paz conducen y en paz, que no con guerras y otras falaces calamidades.

Empiezan a voltear en nuestra casa tan querida las campanas de la paz, los bronces que jamás debieron haber cesado de tañer en paz. Abrimos hoy nuestras puertas a un hombre en paz, y el hombre en paz perdona, en aras de la paz, porque no guarda memoria del pretérito que jamás debe adjetivarse para no dañar la paz que brindo con mi gesto más rendido porque la paz, como Dios, existe o no existe (y allá cada cual con sus fes y sus esperanzas y aun sus caridades), pero ni se fracciona ni se condiciona.

Me he parado en el tiempo y alguien aquí se para.

La paz es hija de las exactas y honestas nupcias del orden —esa pura justicia— y la justicia —ese orden sin mácula— y muere, incluso antes de enseñarse, si sus padres no están sanos como manzanas. Huyamos del orden al que temía Montaigne cuando lo motejaba de virtud triste y sombría, y hagamos nuestra la hermosa identificación de Amiel: orden significa luz, paz, libertad interior y gobierno de uno mismo. Y recordemos que Ortega quería ver al hombre libre y dueño de sí mismo.

Lo que aquí se detiene conmigo es el lenguaje.

Hablo de la justicia, el otro pilar de la paz, y en el oído, me resuena, como un susurro, la voz de Teógenes, el sabio virtuoso, cuando dice que todas las virtudes están comprendidas en la justicia

Lo que aquí se detiene conmigo es la palabra.

Nuestro recipiendario sigue el prudente consejo de Unamuno, dice su palabra y sigue su camino —ahí la torre y el corcel y las constelaciones—, y deja que a la palabra la roan hasta el hueso.

Cuando el poeta, en noble y solemne verso alejandrino, exclama:

*¡Qué soledad de pronto si todo enmudeciera,
si el eco no llevara lo que tú le regalas!*

se está doliendo, con muy íntimo y empavorecido dolor, del desierto que acecha al hombre que hace almoneda de la palabra para caminar, con el espíritu mudo y desnudo, hacia la muerte, el reino del olvido y el silencio en el que se paran todos los relojes, se esfuman todas las órbitas y se desmayan todos los afanes sin que uno sólo pueda mantenerse en pie.

No; el poeta conoce a los que hablan, y habla; conoce a los que cantan, y canta; conoce a los que dicen la primera palabra, y sigue sobre sus huellas porque esgrime el cuchillo del habla que es su secreto.

Para Juvenal la ira arma el verso, pero en la aljaba de nuestro poeta, en su carcaj de bellísimas sorpresas y refulgentes y acordadas solfas, no duermen los dardos de la ira sino las delicadas y civiles flechas de la cordura y las velocísimas saetas de la clemencia, esa herramienta con la que no saben trabajar sino los elegidos.

Nuestro poeta no tiene la llave de la caja de los truenos pero sí la misteriosa cifra del plantel de nombradas bendiciones que es la lengua. Y en la bendición no cabe la mentira, que ya Unamuno nos advierte que nada que no sea verdad puede ser de veras poético.

* * *

Señores académicos:

Entra hoy un poeta en nuestra casa. En nuestra casa hacen falta muchos poetas porque la lengua no se mueve y crece si no es a golpe de adivinaciones, a latido de sorpresas, a chorros y a lágrimas de palabras que resucitan de la ceniza del tiempo y de la dulce escarcha de la memoria (quiero decir: de la insípida nieve del olvido).

Entra hoy en nuestra casa el poeta que hacía poesía lírica, poesía pura, en los momentos en los que los vates escalafonarios ponían su numen al servicio de los más hueros gestos grandilocuentes o se prestaban, con aplaudida y recompensada sumisión, al elogio del fingido pecado capital con antifaz doméstico: la avaricia, la ira y la envidia. ¡Dios nos libre!

Entra hoy en nuestra casa el poeta de *Víspera hacia ti*, la única poesía amorosa que se hacía en la deshabitada y yerma España de 1940, la España dejada de la mano de la misericordia, cuando las musas no soplaban sino endechas a las vírgenes de palo y a los títeres de gran guiñol de la tamaña historia que bien hubiera podido ser puesta en esperpento por el Marqués de Bradomín.

Aquí tenemos al huésped de Luisa Esteban, que compuso los versos que habrían de crecer —el tiempo por medio y Dios mediante— en *Geografía es amor*, la delicada pintura de España con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Aquí está el hombre que escribió *Del campo y soledad* en verso esculpido e incansable, con Garcilaso en el recuerdo. Y *Tregua*, las páginas con las que rompió el silencio de un lustro y fueron galardonadas con el Premio Nacional Garcilaso. Y *Sonetos por mi hija*, de los que dijo Juan Ramón Jiménez en carta recogida por Francisco Garfias: “¡Qué hermosos son! A veces me pregunto: ¿en qué nos aventajan los llamados clásicos a nosotros? ¿En qué bellezas han ido más cerca de la belleza esos clásicos? Sonetos como estos suyos —sigue Juan Ramón—, el segundo, el cuarto, todos, ¿no son como los de Garcilaso, Lope, Góngora, Quevedo, Calderón, o mejores, más enteramente mejores?”. Y

La red, que reúne más sonetos —al decir del autor, sus mejores sonetos—, el libro al que esta corporación otorgó el Premio Fastenrath hace ya cerca de treinta años. Y *Los tres poemas mayores: El parque pequeño*, en el que canta al hijo; *Elegía en Covalada*, en el que llora al padre muerto hace ya casi tantos años como el poeta tiene, y *La hora undécima*, en el que bucea en el incierto destino del hombre. Y *Hablando solo*, con sus cuatro homenajes a Rubén Darío, el doloroso infante de Nicaragua, y sus *Sonetos del hombre que vuelve la cabeza*. Y *Memorias y compromisos*, poemas en los que rompe con toda forma y narra el estupor del dolor, la angustia del dolor y la necesidad de verlo y nombrarlo.

Quizá quienes vienen detrás, quiero decir los jóvenes, debieran detenerse un punto en estas memorias con lagunas (decid con Antonio Machado: Sólo recuerdo la emoción de las cosas y se me olvida todo lo demás, etc.), y en estos compromisos, los unos antiguos, distantes los otros y todos hondos y emocionados, para conocer hasta qué punto la poesía puede ser el soporte de los más nobles y hermosos modos de decir la verdad y la belleza de la verdad que nos acompaña. Gracias, Señor, por haberme dejado sin heridas en el alma y en el cuerpo —y estas palabras no son más sino de nuestro beneficiario en su estremecedor poema 1936-1939. Quienes tuvieron la fortuna de venir más tarde a nuestro duro escenario, quizá debieran buscar en estos versos la cifra de las actitudes históricas honestas, que también las hubo.

Cervantes llamó a la historia émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. El tiempo corre y aun vuela, las acciones duermen en la memoria para siempre, el pasado no vuelve jamás aunque lo llamemos con artes mágicas, el presente arde y el porvenir es un arcano insondable. Entre todos estamos escribiendo la historia, quien con letras de oro y muy solemnes ringorrangos, quien con la menuda y gris letrilla de la paciencia y otras virtudes, y todos somos actores y espectadores de la farsa, a veces dramática, que se representa en este apasionante y enamorado y violentísimo telón de fondo al que llamamos España: nuestra patria y la tierra que debiera ser nuestra madre aunque, al decir de Lope de Vega, más venga a resultar nuestra madrastra y

la zonga y pasmada alberguera de quienes no siendo de aquí, vienen avasallando.

*¡Ay, dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos,
y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de extranjeros!*

Nuestra historia de hoy se escribe con el buen deseo de no mirar para atrás más de lo justo, que hubo a quien convirtieron en estatua de sal por volver la cara sin permiso.

José García Nieto, en su poema *Súplica por la paz del mundo* —que fue Premio Boscán— suplicó en verso por la paz del vapuleado mundo nuestro, vuestro y de todos, dolido por los horrores de la guerra. Para Santo Tomás la paz es la tranquilidad del orden y, principalmente, de la libertad. Nuestro poeta es un hombre tranquilo, ordenado y liberal. Nuestro poeta, en *Sonetos y revelaciones de Madrid* —premio Francisco de Quevedo—, nos narra el caserío de la villa y su espíritu y su misterio. Y en *Los cristales fingidos*, canta amores y realidades y ausencias y presencias. Y en *El arrabal* se alza, como siempre, maestro del bien pensar y bien rimar y bien decir verdades como puños.

Viene a sentarse ahora entre nosotros, señores académicos, un poeta hondo, cortés y laureado, tres adornos que decoran su trayectoria por la vida y la literatura.

Todos sabemos que su incorporación a nuestra tarea, sobre honrarnos y honrar a la Real Academia que hoy le abre sus puertas, ha de ser beneficiosa a los fines que perseguimos, y siempre elegante en la forma, bien medida en la intención, prudente en la expresión y sabrosa en el fondo y la substancia.

Quisiera terminar tomando prestadas y casi ce por be algunas de las palabras que ante este mismo pupitre y hace ya más de un cuarto de siglo, pronunció mi admirado maestro de humanidades

y conductas don Gregorio Marañón. La Real Academia Española, guardadora celosa de cuanto sea honor ilustre de nuestra lengua, cumple hoy un deber al recibir a José García Nieto y al celebrar su admirable discurso, que bruñe nuestra lengua esplendorosa y tan querida.

Excmo. Sr. Don José García Nieto, de la Real Academia Española, sed bien venido a vuestra casa. Pero antes de recibir la medalla y verla brillar sobre vuestro pecho, permitidme que eche un poco la mirada atrás. En el año 1944 me dedicásteis un libro; en el año 1955 os cristiané un hijo varón, y ahora, en este 1983, os recibo en esta casa. Estamos en paz en las justas de amistad que han venido a resultar nuestras vidas. Siguiendo, punto menos que a plana y renglón, la famosa carta de Voltaire al abate Olivet, podría despediros en esta tarde solemne diciéndoos: Adiós, querido compadre; aunque seáis académico, os considero y estimo de todo corazón.

